

SOCIOLOGIA MEDICA

TRAS UN SEMBLANTE MEDICO *

JUAN SOMOLINOS-PALENCIA †

Acontece que después de atribuir al médico los más distintos cometidos sobre la Tierra, hemos caído en una interrogante. Se intenta aclarar la esencia del médico, tratar de contestar a la pregunta: ¿qué es el médico?, independientemente de su personalidad y la experiencia histórica que exista en cada uno; o sea, apartarse de las diferentes verdades individuales que requieren de un análisis más detallado, para abordar una verdad general que alude a todos los médicos en su propio ser.

La diferencia que existe entre los médicos de diversas localidades la atestiguan su historia, su cultura, su experiencia personal. Pero, como hombres, guardan una duda ancestral, que consiste en descubrirse a sí mismos.

Al decir médico se aparta uno del hombre, que implica una experiencia histórica; y debe analizarse brevemente el pensamiento médico primario que se infiltró en el hombre y se unió a su ser para convertirlo en médico.

El médico es una obra maestra ya muy terminada. Lo definen sus memorias, y como a veces la imaginación supera con mucho a la inteligencia y de fábulas se alimenta la historia, debe cambiarse la común ex-

presión historiográfica para darle vida a un médico intemporal. Se trata de un médico maduro, confundido entre los hombres, uno de esos cuya vida es aliento de modestia, sin acompañamiento, vestido con sobriedad, en quien el arte y la ciencia disputan sus sentimientos. Se antoja entablar la charla.

Dice: hace tiempo mantengo un deseo, expresar alguna cosa con la cual contribuya a mi pensamiento tan rotundamente, que hasta mi manera de ser cambie. Mi deseo es luchar en los empeños de la inteligencia médica. Entiendo aquí por inteligencia, el mutuo discernimiento que nos lleva a la concordia; la inteligencia se cansa de posturas fingidas que la estrangulan, de buscar excusas convencionales a las pretensiones, a los enredos, a las aventuras y a la labor indecisa.

De todos los puntos nos llegan anuncios, proyectos, intentos, sobre la necesaria reorganización de la medicina y nadie pone en duda que tenemos el deber de acudir a esta imperativa obligación. Es un deber impedir la descomposición de nuestra actividad, tomar la tarea de crear una viva conciencia vigilante, sin chifladuras, para que esta organización libre a nuestras instituciones de convertirse en un escenario de bárbaros.

Una medicina organizada, producto de una cultura que trasmita sus conquistas espirituales, cuya esencia sea labor de reunir, pues toda obstinación por separar

* Presentado en la sesión solemne de recepción de nuevos académicos, el 7 de julio de 1976.

† Académico numerario.

convencionalmente la "entidad básica" de la medicina tiene consecuencias desastrosas. Por encima de todas las especialidades y pequeñas profesiones a que nos obliga lo complejo de estos tiempos, hay que salvar nuestra medicina integral y dentro de ella, al médico, hombre de varios recursos y bien dotado para las oscilaciones del azar.

Suponte que la cabeza del médico, recipiente ideológico de la medicina, haya sido dividida en dos: en un trozo quedó la hipótesis y en el otro el método. ¿Qué pasaría si los separásemos? Aunque los fenómenos se observen y definan por fracciones, viven en forma encadenada. Ni en la esencia ni en lo orgánico se manifiesta el aislamiento. De aquí que en sus acciones, la inteligencia médica reúna y relacione entre sí las dos partes. Así se origina la cultura en el médico.

Mientras mi amigo meditaba de esta suerte, me dí a la divagación: las ciencias y las artes mantienen una incesante correspondencia; en ella, se conciben las humanidades y la medicina. Quizá esta rama del saber se mantiene por la imaginación y es ésta la que empuja intencionalmente o en desorden al espíritu. Lo interrumpí: ¿qué piensa usted de la imaginación?

La imaginación, me contestó, nos traslada hasta nuevos mundos a partir de cualquier antecedente teórico o incluso de un número o un símbolo. Es catalítica para la síntesis de la cultura. ¿Por qué evitarla si es una interminable fuente de vocaciones?

Quedé pensativo. No creo que mi amigo sea dogmático; su mente es alegre y ligera, acepta un concepto instintivo de las cosas. No es de los que se detienen a pensar en el prisma cuando tienen por delante la luz clara del día. Cuando leyó a Virchow se hizo adicto a sus ideas, sobre todo a ese concepto que dice que "la miseria es madre de la enfermedad y para mejorar la salud hay que mejorar las condiciones sociales". Sus ilusiones mantienen su fe en la capacidad humana para eliminar las enfermedades y, por su carácter intemporal, mi amigo vive en la idea de una medicina preventiva o incluso de una medicina predictiva. Todos estos ideales lo hacen oscilar de un lado a otro como un niño ante numerosas golosinas. Pero no obstante sus múltiples ocupaciones, a veces detiene sus ideas para preguntarse a sí mismo: ¿la ciencia médica podrá auxiliar al individuo y a la sociedad? Como a todo hombre, sus dudas le dan cierto escepticismo. Es consciente de que la medicina se encarga de aplazar la muerte, y busca reducir al mínimo el dolor. Pero cuando piensa que la salud es un derecho del hombre que puede ser alcanzado, titubea; lograrlo está fuera de los alcances de la medicina. Son problemas que se desbordan hacia aspectos antropológicos y sociales. Son capacidades de adaptación, de cultura y aún así, la pretendida salud llega en dosis mal distribuidas.

Una mañana lo encontré leyendo un libro. Súbitamente, queriendo comentar su lectura, me preguntó a quemarropa: ¿qué es el médico?, y se contestó a sí mismo. El médico que se presenta ante los ojos comunes desprovisto de su tradición, pierde su verdadera imagen, se convierte en algo abstracto, incomprensible y quizá inútil para realizar sus metas. Se acomoda a la simple definición de diccionario que dice: "Es médico quien se halla legalmente autorizado para profesar y ejercer la medicina." Pero en el médico se reúne la historia; más que una función, es una sustancia.

Antes de definirse como individuo, el médico se confundió con una especie de conciencia general en la que cada persona era a la vez ente y materia. Todo el mundo practicaba la medicina y transmitía sus experiencias. Previo a ser un conocimiento, la medicina fue una relación humana. Después, por egoísmo, la circulación de las corrientes espirituales quedó en manos de unos cuantos. Aquella inteligencia común se quedó en un grupo esotérico.

Así surgió el médico y, como todos los hombres, hubo de experimentar esa atracción hacia lo desconocido, fuerza que lo avasalló y lo condujo a pensamientos y actuaciones que culminaron con la magia. Y como el médico sabe de los hombres lo que cualquier otro conocedor de la vida, cuando se convirtió en mago traía ya consigo un equipaje de empirismo, de experiencia acumulada, conservaba en su interior un enorme caudal de tradiciones; llegó al estudio de la naturaleza provisto de un primitivo sentido visual sobre los demás, algo inusitado en la historia del espíritu. Si pretendo responderme a la pregunta: ¿qué es el médico?, tendré ineludiblemente que abordar las ciencias del hombre, los estudios sistemáticos que abarquen al hombre en su totalidad; las ciencias que saben de la existencia del ser humano, de las edades de su vida y de los tipos y caracteres de su alma.

Amigo mío: pretendo simplemente conocer al hombre y por tanto al médico. El hombre, al sentirse solitario, reflexiona sobre sí y se convierte en el objeto de estudio. Esto hicieron los viejos pensadores; Platón, por ejemplo, contempló al hombre como una figura extraña al resto de los componentes que integran este mundo. Concibió el cosmos como un espacio cerrado en sí mismo; de ahí que el pasado griego tenga una imagen óptica y concreta del orbe y se convierta en una cultura plástica inspirada en imágenes. Las ideas de Platón son un mundo visual, son figuras contempladas. A él se debió el concepto higiénico, filosófico y religioso de la pureza (catarsis). Se propuso, ante todo, enseñar a sus contemporáneos a ser verdaderamente "puros" o "limpios". Platón dispuso que el médico fuese uno de los encargados de "purificar";

argumentó su presencia como el hombre que cuida de la pureza, refiriéndose al carácter ético, psicológico, higiénico y terapéutico.

En cambio, en Aristóteles, el hombre deja de ser extraño, pues se trata de un "caso" que cobró conciencia de sí mismo como "él" y no como "yo"; no logró conocerse a sí mismo y se consideró como una de tantas "cosas" residentes en este mundo. Siguiendo estas ideas, el médico aristotélico se definió en tercera persona, se dedicó a observar detenidamente el cerrado orbe griego, con cierto orden y bajo una doctrina heredada, pues los tiempos de Aristóteles son sucesores del hipocratismo.

El auténtico significado del médico cuya pista trato de seguir se zarandea por los cambios de la inteligencia. Si avanzamos con el tiempo, descubrimos a san Agustín, que fue el primero en plantearse: ¿qué es el hombre?, en el orden antropológico. Su concepto es el cristiano, de la soledad y de la división de cuerpo y alma. Para san Agustín, el hombre no es una "cosa" entre las demás ni tiene un lugar fijo en el mundo. Al ser una dualidad de cuerpo y alma, se halla dividido. El hombre de san Agustín, solitario y sin hogar, vive sometido a influencias superiores e inferiores; en su "inquietud" habrá siempre de ser cuerpo y alma. Se sorprende ante sí mismo, pero no como parte del cosmos sino como obra de Dios.

Para Tomás de Aquino el alma del hombre se une al cuerpo en forma sustancial. A diferencia de san Agustín, santo Tomás no concibió un problema especial ni particular del hombre y, al igual que Aristóteles, imaginó el cosmos como una diversidad plásticamente ordenada en la que cada cosa y cada ser ocupa su lugar. El hombre, a pesar de sentirse como en su casa, unido y rodeado de todos los objetos, vive con "ansiedad". El médico cristiano anidó una doble imagen de tensión e indiferencia; todo dependió de su posición religiosa. La recta interpretación de sus ideas lo llevó a practicar la caridad: se realizó y expresó en el cosmos y trató de apropiarse y salvar al mundo.

Mi amigo interrumpió sus palabras por una ráfaga de viento; fue el lapso que cualquier conversador requiere a lo largo de su charla. Luego, con vivacidad, como si temiese perder las ideas, regresó al monólogo.

No se detuvo ahí la preocupación del hombre por sí mismo; en los últimos decenios de la Edad Media surgió de nuevo y añadió a su pensamiento la razón que mide y valora. Pensamiento que en Dios es arquetipo y en el hombre implemento. Volvió a su propia interrogante y sin respuesta, el pensador de aquel tiempo supo que es lo que podía aprender; supuso que todo consistía en colocar el mundo entero bajo su mirada e introdujo el cambio del conocimiento puramente pensado hacia el saber que se vive o se con-

templa. El hombre de entonces no se sintió solo, consideró el mundo como un enorme hogar, confianza que más tarde Copérnico destruyó al llevar las paredes y el techo de nuestra casa a la bóveda celeste.

Al definirse el mundo moderno, el hombre inició su rastreo en el infinito y se convirtió en una débil criatura de la naturaleza. Cualquier efecto podía liquidarlo, pero ni la muerte impidió su nobleza, que sobrepasa incluso los motivos de su desaparición. Se encontró sin morada, a la intemperie, pero su grandeza nació de su miseria. Fue, por encima de todo, hijo del espíritu y conoció la relación del mundo consigo mismo. Muy difícil fue el cambio del médico; la imagen aristotélica del cosmos se rompió porque su alma descubrió el mal; el equilibrio teológico de santo Tomás cayó al descubrir un cosmos ilimitado y el médico se enfrentó a un conocimiento científico libre de todo mito. Al médico renacentista se le abrió un enorme campo de posibilidades; en la herencia medieval de angustia e inquietud, unida ahora a su infinito pensamiento, se enfrentó a la naturaleza. Su saber pensado y su impulsiva curiosidad reforzaron su capacidad de observador. Reexaminó las ideas clásicas, buscó fuentes frescas de inspiración que hicieron de él un médico culto, interesado en restaurar el sentido platónico del "hombre puro".

De todas maneras la cuestión se mantuvo y tiempo después, para comprender ¿qué es el hombre?, ofreció Kant una solución crítica: dispuso que "lo que asusta al hombre es tan sólo el ángulo con que se enfrenta", pues el espacio y el tiempo son formas en que ocurre la intuición humana, pero no son inherentes al cosmos, sino a la calidad de los sentidos. Kant aseguró que la existencia de tiempo y espacio tienen lugar únicamente en la experiencia individual y a la pregunta ¿qué es el hombre?, dio como solución una auténtica interrogante antropológica.

Algunos años más tarde, la cuestión fue llevada hacia una razón social. Hegel vio nuevas disposiciones de la "persona humana concreta" y de la "sociedad humana concreta" en favor de la razón del mundo. Kierkegaard, basándose en esas ideas, comprendió la importancia de la persona y Marx, apoyado en Hegel, dio individualidad e importancia al grupo social.

Dirás que estas reflexiones no son suficientes para definir ¿qué es el médico?, pero con ellas trato de explorar lo más recóndito de su espíritu. Si te das cuenta, en su intento de definirse, el hombre ha seguido un constante ciclo de angustia y serenidad. Las dudas se suceden hasta hoy en planteamientos y soluciones que dan las distintas ideologías, quizá hoy más numerosas que nunca, pero también más invisibles, pues están incorporadas a la experiencia de nuestros tiempos.

Si el médico entendiase este desarrollo, si fuese consciente de su equipaje histórico y pudiese realizarse y reconocerse "como" y "entre" los hombres, podría fácilmente aproximarse a la respuesta de ¿qué es el médico?

Me pregunto a mí mismo: ¿por qué se obstina el médico en situarse en los extremos? Me refiero a ese médico individualista que se ocupa esencialmente de la relación consigo mismo, de la relación del espíritu y los impulsos que lleva dentro. Esto no puede dotarlo de un conocimiento del hombre, pues su posición individualista no abarca más que una parte del ser humano. Y por otro lado tampoco me explico la posición de esos médicos que, atraídos por ideas contemporáneas, entienden su profesión bajo un sentido exclusivamente colectivista y piensan que es la panacea. Son médicos que sumergen sus inquietudes, incluso su higiénico sentido de soledad, en grupos compactos, en donde no se sufre la angustia vital, pues basta con acomodarse a la "voluntad general" y abandonar la responsabilidad propia, para dejarla en manos de una responsabilidad colectiva. El colectivismo, al igual que el individualismo, están afectados por la ilusión y son tan sólo una barrera más para que el hombre se encuentre consigo mismo.

El médico se encontrará a sí mismo cuando agote las especulaciones y lo haga responsablemente, como un individuo con sus compañeros. El médico sabrá de sí mismo cuando se reconozca en cada semejante como se reconoce a sí mismo, con todo su valor. En el momento que llegue a entender el concepto de "estar entre los hombres" y se sitúe en los primeros pasos de la realidad humana.

Lo prolongado de la charla le hacía mover constantemente sus piernas. A pesar de ello, absorto por el tema, continuó diciendo: como respuesta al colectivismo, veo asomar por el horizonte, con la lentitud de nuestra historia, un descontento tan enorme como no se ha conocido jamás. Ya no se tratará de oponerse a una tendencia dominante en nombre de otra, sino de rebelarse contra la falsa realización de un gran anhelo, el anhelo de la comunidad y de su auténtico enaltecimiento.

Sólo el médico que realice en toda su vida y con su ser entero las relaciones que le son posibles puede ayudarnos realmente en el conocimiento de sí mismo. Es el médico que logra, sin padecer por ello, superar la soledad y obtener así la fuerza indagadora que la misma soledad le proporciona.

Entusiasmado con el tema, mi amigo sugirió invitarme a su biblioteca para continuar la charla. Detuvimos nuestros pasos ante una puerta que al abrirse chirrió sus bisagras. Al fondo de un largo corredor, todo oscuro, llegamos a una pequeña y acogedora sala

repleta de libros. En ese momento vino de nuevo a mi mente la cuestión ¿qué es el médico? Pensamiento que se interrumpió cuando mi amigo tomó la palabra. El médico, que es el hombre mismo, guarda su propia herencia. La génesis del hombre es la del médico, el proceso es el mismo, pero cuando los coros de Eurípides declaran que el hombre es inexplicable, establecen la única diferencia que existe entre el hombre y el médico. Miró a su alrededor y al descubrir un cómodo sillón se apoltronó. Cambió el estilo de su charla. Tal vez por un bullir de ideas desvió sus propósitos para hablar de materia general.

Consternado, describió a sus compañeros médicos dedicados plenamente a una medicina técnica, sin importarles los aspectos intelectuales de la profesión. Afligido, me descubrió expresiones en las que se ve la medicina identificada exclusivamente con la política y la tecnología. Desconsolado, me repitió que el fondo científico de la medicina se usa tan sólo con fines utilitarios, para obtener riqueza material. En su queja, aludió a la enseñanza médica que paulatinamente transmite estos sentidos negativos sobre grupos humanos que jamás conocieron otras ambiciones. Bajando los ojos con tristeza, aseguró: no valoramos que la ciencia es parte de la cultura occidental. Ensombrecido, apesadumbrado, me dijo: todo depende de cómo los médicos seamos capaces de comprender nuestra situación entre la ciencia, las necesidades y las esperanzas del hombre.

Bajó aún más el tono de su voz, se incorporó y abrió una ventana. Cuando se renovó el aire enrarecido de la habitación, respiró profundo y añadió: lo difícil e importante no es ejecutar las técnicas, sino saber plantearse los problemas que haya detrás y después, juzgarlos con el espíritu científico que dota la cultura. No me gustaría caer en la beatería científica o cultural que se embelesa ante el puro conocimiento, ni quiero caer en ideales impracticables; no obstante, creo que el puro hecho de imaginarlos lleva implícita la práctica de ellos. Volviéndose a mí dijo: en fin, si estas palabras sirvieran al menos de estímulo; me temo amigo mío, que ante estos problemas, la crítica duda y su intérprete se acautela contra su personal impresión, pero nunca he querido ahogarla, pues cuando examino las disyuntivas de la familia humana y parto de un pasado pienso que soy obra de la declinación y que en el principio estaba el bien, que he pervertido la naturaleza. Y cuando me pregunto sobre los rasgos de nuestra futura sociedad, imagino el progreso y las mejoras, los ofrecimientos cumplidos de renovadores y profetas, una sociedad limpia de competencia con una rejuvenecida naturaleza. Me situó entre las utopías del ayer y las que vendrán, todas con características propias, anchos continentes, ínsulas venturosas, ensue-

ños de mocedad, de placer y belleza, fantasías filosóficas que proponen modelos de libertad hasta cierto punto practicables, sueños de repúblicas ideales que se pierden por sus planteamientos opuestos y contradictorios. Pero la historia está en marcha, los cuadros se alteran y constantemente cambian entre una y otra generación, surgen y se extravían las ideas. ¡Cuántas veces creemos descubrir un océano y nos encontramos con el vetusto Mediterráneo!

No he dicho nada nuevo, quizá me taches de ingenuo y superficial, pero hay un momento —que pertenece curiosamente a los tiempos de cambio brusco—

en que el literato se adelanta al médico y el soñador concibe una sociedad perfecta, mejor que la de hoy; un mundo teórico, imaginario, donde los empeños de unión entre los hombres hallan sereno desenlace; un método agradable en que la felicidad se afianza por medio de la reforma total de normas y tradiciones y una esperanza innovadora, todo lo inventiva que deseemos, pero auténtica y limpia señal de los anhelos comunes. Me sitúo en el lugar y el tiempo donde no hay disputa entre la moral y la inteligencia, fusión compleja que me permite dotar al médico de un significado.

ACERCA DE MEDICINA SOCIAL

Con el advenimiento de los regímenes de Seguridad Social, nacidos de la idea de proteger en todos sus aspectos el elemento productor de una sociedad; con el advenimiento de la legislación sanitaria; con el desarrollo de la investigación, llegamos a situar la Medicina Social en un preponderante lugar de la cultura. El progreso técnico, la fabricación de aparatos costosos y complicados, el enorme caudal de conocimientos necesarios para la práctica médica, la tendencia al abordaje integral de los problemas, la estructura misma de la sociedad actual han puesto en crisis la práctica individual de la medicina. En la medicina socializada los equipos resultan menos costosos, es posible la investigación y la educación supraescolar, los libros quedan accesibles y se perfilan cada vez más las promesas de la medicina institucional. Será ésta también la que regule la futura economía del médico y de la práctica médica, con modalidades que en México apenas se sospechaban hace diez años. (González Enríquez, R.: *Introducción al estudio de la medicina social*. GAC. MÉD. MÉX. 77:322, 1947.)